

Amador Vega

LIBRO DE HORAS
DE BEIRUT

FRAGMENTA EDITORIAL

A Maru y Joan

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL, S.L.
Plaça del Nord, 4, pral. 1.ª
08024 Barcelona
www.fragmenta.es
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 27

Primera edición SEPTIEMBRE DEL 2014

Producción editorial IGNASI MORETA
Producción gráfica INÈS CASTEL-BRANCO
Fotografía de la cubierta AMADOR VEGA
Fotografía de la solapa CECILIA ROFENA

Impresión y encuadernación AGPOGRAF, S.A.

© 2014 AMADOR VEGA ESQUERRA
por el texto y las fotografías

© 2014 FRAGMENTA EDITORIAL
por esta edición

Dipósito legal B. 16.283-2014
ISBN 978-84-15518-03-7



Con el apoyo del Departament de Cultura

PRINTED IN SPAIN

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

*El Oriente no es solo un paisaje,
sino una región del alma.*

HUGO BALL

ÍNDICE

Una casa en 'Ayn al-Mraysseh	11
Breve percepción de Siria	155
Epílogo bizantino	171

UNA CASA EN 'AYN AL-MRAYSSEH

*Una ciudad árabe pero otra,
una ciudad otra pero árabe.*

SAMIR KASSIR

I

RECORRO A PASO LIGERO los largos pasillos de tránsito del aeropuerto Charles de Gaulle. Apenas cuarenta minutos para llegar a la terminal en la que se concentran los vuelos de Asia. Esta vez he embarcado el equipaje y vuelo por entre los nuevos controles de policía, las colas y los eternos rostros de nada y de nadie que habitan estos lugares. Cuando llego al mostrador en el que está anunciado mi vuelo a Beirut, todas las butacas de la zona están ocupadas: los habituales de estos viajes, en gran parte familias de árabes, pero también algún europeo, religiosos y religiosas, y un académico que escribe en su *laptop* sobre las rodillas. Ya hace tiempo que no leo cuando viajo, simplemente observo, adivino, imagino las vidas de quienes me rodean. Me pregunto en qué difiere el viaje a Oriente de otros: el elemento exótico sigue presente, pero lo fundamental de todo viaje es la excitación que se apodera de ti, formada por una extrañeza buscada, querida, una fragilidad e inseguridad que sientes necesarias en

la vida. Especialmente en los viajes largos, la urgencia por salir y encontrarnos de nuevo indigentes. Volver a formular expresiones de ayuda y consejo, retornar a estados adolescentes en que, a causa de esa mezcla de carencia y potencia, todo cuanto se muestra por delante de nosotros se abre a una percepción creciente: excitación de la salida, del abandono pasajero de lo propio, por ver incluso si aún resistes al tiempo que, de pronto, se agolpa únicamente en ti.

En mi primer viaje al Líbano, hace seis años, una estudiante de la Université St. Joseph me vino a buscar en coche, y en el breve trayecto entre el aeropuerto y Beirut vi colgados, de los faroles de la autovía, enormes carteles con las imágenes de los «mártires» de Hezbollah, al igual que en nuestras ciudades se anuncian próximos conciertos, representaciones de teatro o exposiciones. Estábamos en noviembre, llovía y era de noche, y mientras el coche avanzaba rápido por entre la multitud de luces de colores de otros automóviles, todos aquellos rostros de los «héroes» muertos del «Partido de Dios» me recordaban que en aquella tierra las ideas sobre «la muerte de Dios», propias del pensamiento occidental, tenían que ser revisadas. Ya en la residencia de los padres jesuitas, en la que me hospedé durante diez días, no sabía muy bien qué hacer. Era tarde, tenía hambre y quería salir a comer algo, pero como sucede cuando llegas a un lugar del que lo desconoces prácticamente todo, no sabía muy bien por dónde empezar a moverme. Salí a la noche en el barrio cristiano de Achrafieh, y mientras caminaba lentamente, tanteando por entre las calles mal iluminadas, me topé con un muro en el que estaba pintada una gran cruz, como un grafiti, de color rojo. Allí estaba aquella cruz pintada con brocha gorda, sola, desnuda en el muro desconchado de una ruina ametrallada

en una guerra diez años atrás. Sí, como las cruces de Tàpies, solas entre un conjunto de elementos extraños a ellas: detritus, cascotes, trazadas con rapidez y convicción. Levanté la cabeza y, por encima de las casas de aquel rincón desolado al que había llegado en mi primera salida por Beirut, vi, a lo lejos, una enorme cruz de neón rosada, luminosa en medio de la noche, horriblemente *kitsch* y, sin embargo, muy presente, viva, testimonio de los cristianos de Oriente.



La cola para entrar en el avión es ahora enorme. Empieza el embarque. Tengo una butaca muy atrás. Me siento en el pasillo de la antepenúltima fila. Al otro lado, una cara familiar: un escritor de origen iraquí, propietario de un restaurante en Barcelona. Lo saludo y le digo que he estado comiendo alguna vez en su local. Va a participar en un coloquio sobre traducción de literatura árabe a lenguas minoritarias. Ha traducido algunos libros al catalán. Hablamos brevemente de Ramon Llull y de sus viajes a Oriente. Una joven pareja de libaneses nos interrumpe para pedirme si les puedo ceder el asiento: les ha tocado separados. Me voy más atrás todavía, al final del avión. Algunos son verdaderos profesionales de los viajes largos: cuando todavía no te has acabado de instalar ni deshecho de las almohadas, mantas enfundadas en plástico, auriculares y demás obsequios, ya están durmiendo con los ojos tapados por un antifaz y envueltos como en un sudario, momificados. Me gusta ver la disposición de los que van llegando al avión y cómo las azafatas, ahora en francés, ahora en árabe, van indicando a los

pasajeros remolones que deben sentarse ya y estarse quietos. A diferencia de los viajes por Europa y América, en los que reina un silencio de hielo, aquí se diría que todos ellos acaban de entrar en un teatro, o en un cine, y que el acomodador tiene que pedirles silencio.

Dos horas más tarde sobrevolamos los Balcanes. En 1986 estuve en Zagreb, en la antigua Yugoslavia, en un Coloquio sobre Cultura y Religión organizado por la UNESCO. Llegué desde Alemania haciendo transbordo en Zúrich, en donde dejé mi equipaje mayor en una taquilla del aeropuerto, esperando recogerlo al retorno. Tras visitar la ciudad durante dos días de mucha nieve y frío, me albergué en un monasterio de franciscanos en donde se celebraba el encuentro. En una de las sesiones recuerdo una discusión tensa entre un musulmán y un cristiano. Nunca antes había visto algo así. Me había acostumbrado al estilo de los serenos y bien formulados argumentos de las polémicas religiosas, como en los libros de Ramon Llull, pero aquel espectáculo me inquietó. En realidad, me di cuenta de que para algunos la religión era una cuestión de supervivencia, en ningún caso una especialidad de sus estudios. Quizás lo que más me chocó fue el clima de desprecio que se generó en el pequeño círculo en el que yo participaba: desprecio y asco mutuos.

Abandonamos estas cordilleras y el avión inicia, ahora sí, después de Grecia, un giro hacia Oriente. Cuando aterrizamos en el aeropuerto de Beirut, el mar se traga el sol por el ala derecha del avión y la ciudad aparece a nuestros pies, prieta y desangrada. Ahora ya no hay que comprar el visado y los trámites con los hoscos funcionarios de policía son breves. Nicole ha venido a buscarme. Me deja en el Hotel Alexandre y me dice que Jad vendrá a recogerme cuando

termine sus cursos en la universidad. Iremos a cenar a su apartamento en las colinas sobre Beirut.

2

De nuevo en este hotel: el patio de palmeras, los taxistas ociosos, el recepcionista de siempre, los sofás de siempre, algo más hundidos, el lento ascensor, una habitación minúscula. Dejo la maleta, abro la ventana y una extraña calma flota en la ciudad. Desde el montículo en el que está el barrio de Achrafieh tomo aire y encuentro el lugar familiar. Hace unos años todo resultaba tan ajeno que afectaba a todos los detalles de tu vida cotidiana; ahora, con el paso de los días, la mirada se hará al nuevo orden de cosas a tu entorno: las casas abandonadas, los edificios despellejados, a medio construir, la circulación enloquecida, las voces... sobre todo las voces que reclaman tu atención: «taxi, taxi», los vendedores ambulantes... Achrafieh, cuyo significado en árabe es 'colina', se levanta en la parte este de la ciudad, en el barrio cristiano más emblemático; y en las calles que suben la cuesta, desde la Rue de Damas hasta el Hotel Alexandre, y aún más arriba hasta la Place Sassine, tropiezas constantemente con imágenes de la Virgen María, en ese estilo que podríamos llamar «Sacré Coeur», de un cierto gusto escolar: imágenes de piedra o plástico, sobre la acera o en el interior de un *mazâr*, especie de hornacina, o sobre un poste metálico, vestidas con una capa de tela azul cielo, como es costumbre ver representada a la Inmaculada.

Subiendo por Adib Ishak hasta el café de la Place Sassine recuperas algo de tus maneras de andar y mirar, pues todo

adquiere un aspecto más occidental. Pero no lo es, se trata de una falsa mirada. La Place Sassine fue lugar de combates encarnizados, como me contaba años atrás Emma, y en el centro hay un monumento a Bashir El Gemayel cerca de donde fue asesinado. El primero que me llevó allí fue Louis. A él le gustaba aquel café y solía acercarse hasta allí con sus invitados. Es de los pocos lugares del barrio en el que puedes sentarte afuera en la terraza y tomar una cerveza bien fría, con los consabidos pistachos y las zanahorias bañadas en zumo de limón. El local es moderno y se esfuerza por mantener ese aire desenfadado, rabiosamente contemporáneo, negándose a un pasado atroz del que fue testigo cruel. Los camareros hablan todos en francés, nada extraño en Achrafieh, y en el interior del local también puedes encontrar la prensa extranjera y local en árabe y en inglés. No es fácil hacerse con un asiento en el exterior a partir de cierta hora de la tarde. Por las mañanas tan solo algunos hombres, ya mayores, pasan las cuentas del *masbaha*, sentados ante un eterno café, mientras miran impávidos el caos del tráfico que se acumula en la rotonda central de la plaza, a pocos metros de la terraza. Desde allí puedes ver a los limpiabotas, sentados, soportando su ocio en la acera de la izquierda y a los taxistas que juegan al *tâwilat* frente a la oficina de Correos.

De retorno al hotel me gusta pasar por la calle adyacente a la oficina de Correos, para ver si continúa allí la beduina que vende chicoria y otras hierbas sobre la acera. Este año he vuelto a encontrarla embutida en su atuendo negro, flanqueada por las grandes bolsas de plástico en las que ofrece su único producto, y al llegar a ella he bajado de la acera para sortearla y continuar calle abajo hasta mi refugio. Miro las postales del Beirut de los años treinta que he comprado

por la mañana en Antoine, la librería en la avenida Elias Sarkis. En realidad había ido hasta allí para comprar un



frasco de tinta para mi pluma, pero no tenían. Me he traído también un pequeño diccionario de dialecto franco-libanés. Me doy cuenta de que en el último año se ha publicado mucho sobre la cuestión de los cristianos en Oriente, cada vez más acuciante por las consecuencias de la guerra de Irak y el rápido proceso de islamización del mundo árabe. También he comprado *L'Orient Le Jour* para seguir algo los acontecimientos políticos y ver la oferta cultural de la ciudad.

3

Abro la maleta y coloco la ropa en el estrecho armario, y entonces pienso que debería encontrar pronto una vivienda. El Alexandre es tranquilo, pero no soportaré mucho tiempo la vida de hotel, y la habitación me saca a la calle, apenas me da para tumbarme en la cama frente al televisor. Para hacer la siesta he de correr las cortinas y abrir la ventana; no hemos llegado todavía a mitad de abril, pero el calor se anuncia preocupante. El pequeño rumor, de hecho un traqueteo del aparato de aire acondicionado, me devuelve a la segunda vez que estuve en este hotel. Entonces pedí que me cambiaran de habitación. Me pregunto a qué temperatura llegaremos en verano si ahora hace ya tanto calor. La mitad del equipaje sobra. Todavía flotante en un tiempo intermedio: cogido

allí, sin pie todavía aquí, aun cuando el espíritu, despierto, está alerta ante cualquier eventualidad. La luz entra con fuerza por entre las gruesas cortinas corridas y me repito que no aguantaré tres meses en esta habitación. El sábado visitaré el apartamento de una antigua alumna de Jad en el que vivieron sus padres; ahora ha quedado vacío y me lo ofrece gratis: sueño con un barrio sobre las colinas...

4

El agua de la fuente chapotea en el patio, entre las cuatro palmeras que dan nombre al restaurante del hotel: «La Palmerale». Se acerca el mediodía. Louis ha venido a recogerme para ir a tomar un café en la Place Sassine, *comme d'habitude*. Este jesuita enjuto, con una expresión siempre en los labios entre risueña y sufriente, me dice que después de veinte años tiene que abandonar el Líbano para incorporarse a una secretaría vaticana en Roma. Me habla de la primera vez que nos encontramos, cuando vine al Líbano con la doctora Aubet y su grupo de arqueología.

5

Por la tarde, primera sesión de mi curso. De hecho, es la continuación del mismo que imparte Jad sobre filosofía medieval. Cuando supo que podía marcharse unos meses a París, me pidió que fuera para hablar de Ramon Llull. Hace ya años que le interesa la obra del *vir phantasticus* mallorquín, que anduvo por estas tierras hacia el año 1300. No sé muy

bien qué tipo de público voy a encontrarme. Mi colega me presenta, comenta algunas vicisitudes del calendario académico, y da algunas instrucciones sobre los trabajos escritos y los exámenes finales. Después se va y me deja con un grupo de quince alumnos. Todos están matriculados en el máster de filosofía que dirige Jad, aunque algunos estudian también literatura y teología. Hay tres religiosas, una de origen africano y las otras dos libanesas. Además, un oyente que ya está escribiendo su *maitrise* sobre Aristóteles y que se interesa por la mística. Hace calor en el aula y hay que optar o por la ventana abierta y los ruidos del tráfico de la Rue de Damas, o por el helor del aire acondicionado; nos decantamos por la ventana abierta. Es un aula pequeña, con una tarima, una mesa con ordenador y pizarra a mis espaldas. Reparto el programa y hago una presentación del curso. Paso unas imágenes que he preparado para situar a Llull en la historia de la cultura europea, el impacto de su obra en Francia, Italia, Alemania: imágenes de las ediciones de sus obras completas, en latín y catalán. Todos toman apuntes. Jad estaba interesado en que los introdujera en la lógica combinatoria del *ars magna*, pero empiezo a tener mis dudas sobre algo tan árido y, mientras digo unas primeras frases, me decido por orientar el curso hacia los intereses generales de ese tipo de estudiantes: teología y mística. El objetivo final del curso será, por tanto, el comentario detenido del *Libre d'amic e Amat* de Llull, del que hay una traducción francesa en la biblioteca de la universidad. Comienzo con una propedéutica a la mística de la mano de Heidegger: «Un fenómeno como la mística debe ser asumido y comprendido como contramovimiento elemental.» Me gusta iniciar los cursos sobre mística con esta anotación del filósofo en su etapa anterior

a *Sein und Zeit* (1927), cuando todavía albergaba alguna esperanza de poder elaborar una filosofía cristiana. Me parece que es lo más significativo que puede decirse de la mística: «contramovimiento» (*Gegenbewegung*). Ir contracorriente, eso es exactamente la mística. Algo parecido dijo en una ocasión Ueda Shizuteru, el filósofo de Kioto, cuando estuvo en Barcelona: «la mística es un fenómeno contracultural»; simplemente cursa en contra.

Añado una segunda anotación de Heidegger: «Esencial para la religión es la contemplación y de ninguna manera el rapto autista.» Con esto queda claro que no vamos a hablar aquí de huidas del mundo. Contramovimiento y contemplación es lo que caracteriza a toda vida verdaderamente mística como la de Llull. Pero antes de terminar con la introducción, todavía dos referencias más. Husserl, quien recomendaba a sus alumnos Heidegger y Edith Stein el estudio de las vidas de santos, con la intención de dar con la verdadera experiencia religiosa, alejada de dogmas. Y como colofón, Michel de Certeau y su *Fábula mística*: «El secreto no es solo el estado de algo que se desvela a un saber. Designa un juego entre actores.» De esta manera se verá bien el juego del amigo y del Amado en Llull. Finalmente se trata de un drama cuyo origen, como muy bien viera Ernest Renan, está en el mismo Cantar de los Cantares, aun cuando para el orientalista francés no se tratara de un poema religioso. Y a esto hay que añadir algo más de Certeau: «El secreto introduce una erótica en el campo del conocimiento. Apasiona el discurso del saber... Finalmente, el secreto es la condición de una hermenéutica.» Con esto, el curso queda esbozado. Se trata de una hermenéutica y una estética de la mística de Llull, a partir de un texto fruto de la experiencia y, por tanto, no

de la doctrina, aunque podremos ver como la doctrina se ajustará al campo de la experiencia y muchas veces pasará por encima de esta.

6

Louis pasa a recogerme por el hotel. La última vez fue hace cuatro años, cuando regresé a Europa una semana antes de los bombardeos de la aviación israelí. Entonces, el jesuita francés tenía un viejo Panda con el que me llevaba a todos lados, introduciéndome, cual embajador privado, en las distintas instituciones de la ciudad: la Biblioteca Oriental (Cedrac), el Orientalisches Institut... El coche no parece nuevo y, en cualquier caso, es tan pequeño como el anterior. Una vez quedo encajado en la parte trasera, me presenta a los otros dos pasajeros: Jean, un economista francés que desde hace diez años viene a impartir un curso semanal, y John, jesuita inglés y cura limosnero de los estudiantes de Oxford. Es domingo y a esta hora apenas hay tráfico en Achrafieh. En poco tiempo estamos en la autovía que lleva al norte. Le pregunto a John qué hace en el Líbano y me dice que ha venido a hacer un curso intensivo de árabe, durante las siete semanas de vacaciones que se ha cogido. Al poco rato me doy cuenta de que posee firmes conocimientos filológicos: me habla de la lengua árabe, de cómo ha conservado el modo dual; está claro que también tiene conocimientos exegéticos de griego y hebreo. Me confirma que puede leer el árabe clásico y que su máxima aspiración es leer a los filósofos árabes, pero que le gustaría poder hablar la lengua. Se siente a gusto con Aristóteles, lo que

no es raro en un teólogo británico. La tradición analítica británica no le impide, sin embargo, hacerme interesantes observaciones, con un humor muy característico, acerca de los pensadores platónicos de la isla, incluso dice excelencias de una especialista en filosofía moral que, en la gran tradición de Platón, ha escrito un par de volúmenes de diálogos y ficción filosófica.

Pasada la población de Junié, las montañas se hacen más presentes y reconozco la garganta de Nahr el-Kalb (río del perro, *Lycus*), lugar estratégico sobre la ruta litoral, en cuya montaña las grandes figuras militares de la historia han dejado su sello en forma de estelas: desde el faraón Ramsés II o Nabucodonosor II, hasta los asirios, griegos, romanos y los militares franceses e ingleses, quienes de esta manera celebraban la secesión de Palestina en 1918.

Iniciamos la ascensión a la montaña en dirección a los eremitorios de unos santos maronitas. Enseguida las cunetas de la carretera se llenan de flores, muy hermosas en esta época del año. John y yo hemos pasado del francés al inglés y ahora, totalmente liberado de barreras lingüísticas, e interrogado por mí a propósito de la actual producción científica en teología, se ha lanzado a una defensa entusiasta de un teólogo, ya secularizado, que ha escrito un volumen genial, dice, de comentario al Evangelio de Juan. Louis conduce, como siempre, hundido en su asiento y reclinado sobre el volante. La conversación de su compatriota economista, a su lado, no parece entusiasmarlo. Este empleará todo el día en su enorme cámara fotográfica, subiendo y bajando la ventanilla del coche para disparar a todo lo que pase por delante. Louis, que se ha pasado el año anterior estudiando inglés en Oxford, interrumpe la conversación sobre exégesis

para llamar mi atención sobre las actividades de su compatriota francés: «diácono permanente», enfatiza, pero regreso pronto a la conversación con John en la parte trasera del coche. Una hora más tarde, tras haber subido la cordillera, llegamos a la primera estación de nuestra jornada: los eremitorios de San Pedro y San Pablo. Louis aparca en la pequeña explanada dispuesta para ello y al salir del coche percibo el ambiente de silencio que cubre todo aquel espacio al aire libre. En efecto, unos carteles de madera recuerdan, en árabe y francés, que aquel es un lugar de oración. Ascendemos por las escaleras hechas con troncos hasta la pequeña ermita ya llena de fieles que, en un silencio sobrecogedor y tenso, esperan de pie el inicio de la misa. Como nuestros planes nos tienen que llevar más lejos, hasta el monasterio de la Anunciación, nos abrimos paso entre el grupo de asistentes y nos colamos en los estrechos corredores que conducen a los aposentos en donde vivió un santo maronita del siglo XIX. Un conjunto de minúsculas celdas, a derecha e izquierda de una oscura galería: en la primera, un oratorio con algunos devocionarios y libros religiosos escritos en árabe. En otra, el dormitorio: un colchón en el suelo y un tronco por almohada, nada más, y una cruz en la pared. En una tercera celda, a la derecha, el taller, con instrumentos de labranza. A la izquierda, más oratorios, quizás para recibir a otros miembros de esta pequeña comunidad que estuvieran de paso para visitar al santo. Salgo al exterior. Estamos en la cumbre de una montaña de mil metros; el día es maravilloso. Me recuesto sobre una baranda de madera para contemplar a mis pies el valle de Adonis, en donde discurre hacia el mar el río de este mismo nombre (Nahr Ibrahim), deidad a la que, como nos explicará Louis más tarde, se rindió culto en la Antigüedad.